

29/9/58

Velarde, Humorismo Esperanzado

por *Sebastián Salazar Bondy*

La gran tradición humorística de nuestra literatura parece remozarse cada cierto tiempo. En los últimos, el simple sarcasmo de los costumbristas se afina y adopta un giro más universal por más penetrante. Se rehuye lo meramente pintoresco y se busca, en cambio, la burla no tanto de los hábitos externos cuanto de las formas sociales que obedecen a profundos defectos morales o espirituales. Quien iniciara hace cerca de treinta años esta nueva modalidad del humorismo peruano fue Héctor Velarde, cuyo infatigable trabajo de escritor —al que hay que añadir su obra de arquitecto, profesor e historiador del arte— acaba de dar un título más: *La Pirámide Invertida* (Losada S.A., Buenos Aires, 1958). La risa de Velarde ha sido siempre filosófica: un trasfondo culto, cosmopolita, doctrinario, rige cada una de sus páginas, cuyo propósito didáctico no se ve empañado por ningún prurito de sermoneo o fiscalización, como en Felipe Pardo, por ejemplo.

Es un lugar común decir que tras toda literatura humorística hay una disimulada amargura. En todo caso, más edificante que el anatema del destructor de costumbres que, a la manera de Larra, flagela a una sociedad diciéndole, sin piedad, cuán graves son sus deformaciones, es este género de especulación satírica. Y más eficaz, sin duda. Todos estamos dispuestos a aceptar la crítica si ella asume el estilo de Ovidio y no el de Séneca, el de Quevedo y no el de Larra, el de Velarde y no el de González Prada. ¿Qué importa entonces el grado de melancolía y desesperación que oculta dicho alegre disfraz? La apariencia constituye aquí la realidad absoluta. El último libro de Velarde es, de otra parte, de un tipo muy especial: en él el humorista se ha identificado casi totalmente con el arquitecto y el crítico de arte, y en una suerte de juego contrapuntístico ofrece alternados el artículo risueño sobre algún punto con-

trovertido de artes plásticas y la nota inteligente y seria sobre determinado tema de la misma especialidad. Claro que en ningún momento el satírico cede absolutamente al catedrático o viceversa. Hay un equilibrio admirable entre uno y otro carácter de la personalidad de Velarde. Es decir, hay un estilo.

El humorista culto, el humorista buen escritor, el humorista que sobrepasa, por su visión del mundo y sus ideas, los límites del costumbrismo, que ha enseñado a ser Héctor Velarde, ha comenzado a florecer entre nosotros. Ahí están, para seña-

lizador sin impertinencia fari-sea que les permite, dentro de su finalidad caricaturesca, ser comprensivos, flexibles, joviales, y ver la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio.

La Pirámide Invertida nos brinda un Velarde maduro, un Velarde en la etapa de su más pleno magisterio, un Velarde culminante. Sus palabras no son transitorias o provisionales, ni vigentes sólo en el ámbito local. Por el contrario, ideas y frases se pueden citar como afirmaciones válidas más allá de la circunstancia que las ha provocado. Afortunadamente, nuestro escritor no tiene la obligación de llenar tantas carillas al día (drama de los humoristas que viven del periódico), pues elabora sus artículos cuando realmente tiene algo que decir, cuando una inspiración le brota a propósito de un hecho singular, una comprobación feliz, un disgusto determinante de una graciosa protesta. Y al estar libre de presiones y deberes literarios o periodísticos, está libre de todo aquello que es fortuito y pasajero. De ahí que este libro, y los muchos otros que ha dado exitosamente a la imprenta, pueda llegar a ser de consulta y un documento cabal de las inquietudes de nuestra época que algún día llegará a ser fuente inagotable para la reconstrucción de estos años.



lar a dos bastante más jóvenes que él, Sofocleto y Luis Rey de Castro, ambos de distinto tipo, pero semejantes en su manera de concebir el humor y de verterlo como literatura al papel. Estos dos provienen, consciente o inconscientemente, de Héctor Velarde, aunque cada cual sea diferente entre sí. Sus notas comunes son muchas, pero señalemos unas pocas. Primero: Calidad literaria, que les permite jugar con el lenguaje y moverse en él cómodamente. Segundo: Condición universitaria, que les permite situarse en ángulos intelectuales para el logro de su creación. Tercero: Propósito mo-

De todo lo que en este volumen —que acertadamente la Editorial Losada ha inscrito en una colección de ensayistas— Héctor Velarde dice, fluye una esperanza que no es casual: la esperanza en que tras el desorden y la confusa y angustiada vida actual surja una nueva jerarquía. Una nueva jerarquía en el sentido de que los valores vuelvan a su lugar y los hombres tornen a vivir con un sentido. Ello es trasunto de que el autor no es un escéptico ni un destructor, sino, ante todo, un hombre que piensa en la supervivencia del espíritu, al que en todos los campos sirve tan honestamente.